

*En la estela de Plutarco: la metafísica del espejo**

Mario HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA

Una obra literaria es una intermediación entre tres magnitudes creadoras: el modo de ser y pensar de quien la escribe; el modo de entender el mensaje que el autor ha querido expresar por parte de la poliédrica sociedad receptora, casi siempre imbuida de prejuicios respecto al autor; hay que tener en cuenta el grado de formación personal de cada persona que accede a su lectura. Una grave deformación personal de cada persona que accede a su lectura. Una fuerte deformación en el entendimiento, que ocurre con mayor intensidad cuando la obra ha sido escrita por alguien que ha tenido un significado notorio en la política —es decir, en la organización de la convivencia— porque entonces, como dejó meridianamente establecido Dante Alighieri, será ineludiblemente condenado al Infierno, sin posibilidad alguna de acceder, ni siquiera pisar el dintel del Paraíso.

En el transcurso de la vida, son muy pocos los que sienten necesidad de comparar, establecer paralelos para valorar mediante juicios intelectuales —lo que equivale a decir, sin compromisos y expresados con toda libertad— poniendo en juego la relación que le llevó a conocer, valorar y apreciar al otro, ponderándolo con un sano deseo de compartir con sus semejantes, acaso consigo mismo, una estimulante y seria reflexión.

El primero que se planteó tal necesidad fue un griego de Queronea, contemporáneo de Epicteto y anterior a Marco Aurelio, llamado Plutarco (50-127), sacerdote de Apolo Delfico, espíritu hondamente preocupado por cuestiones religiosas, éticas y pedagógicas. En *Vidas Paralelas*, Plutarco emparejó personajes griegos y romanos, buscando semejanzas de carácter y fortuna, seguidas de una

* Me refiero al libro de JOSE MARIA AZNAR: *Retratos y perfiles: de Fraga a Bush*, Barcelona, Planeta, 2005.

synkrisis, es decir, una comparación más moralizante que histórica, puesto que subrayaba los rasgos más destacados que les hacía ser esclavos de la pasión o modelos de la virtud. Plutarco incidía en la línea de la ética aristotélica, desarrollada por epicúreos y estoicos, tratando de convertir la presencia exterior —histórica— de los personajes en modelo de conducta —un *como sí*— mediante un serio examen de conciencia, como un paradigma de virtud.

El más destacado estudioso de Plutarco —R. Flacéiere—, comentando la gran cantidad de obras escritas por el griego, afirma refiriéndose a *Vidas Paralelas*: «Si de toda su obra sólo hubiera quedado ésta, podríamos conocer sin problemas los puntos fundamentales de su doctrina y pensamiento». *Vidas Paralelas* es un testimonio vivo y palpitante que hace saber y sentir la lógica de los principios, muchísimo más dificultosa que la lógica de los razonamientos. El testimonio de Plutarco se hace desde un principio noble y superior en el hombre, llamado *mens*, que es un pensar certero e infalible que pone al hombre en contacto con lo íntimo de las cosas y le hace sentir la necesidad de transmitir la experiencia adquirida en la convivencia social, para que otros puedan compartir la experiencia.

Son muchos, sin duda, los que se encuentran en la estela de Plutarco y en su mundo de intenciones. En el mundo contemporáneo puedo citar, por ejemplo, a John Fitzgerald Kennedy, con su *Profils in courage* (1956), con el que consiguió el muy prestigioso premio Pulitzer; también la incomparable reciente obra magistral del profesor de Humanidades en Yale, Harold Bloom, *Genios*, que subtítulo *un mosaico de cien mentes creativas y ejemplares de la literatura* (2002). Yo quiero referirme, sin embargo, al reciente libro de José María Aznar, *Retratos y Perfiles. De Fraga a Bush* (Barcelona, Planeta, 2005).

Los tres libros citados se encuentran, sin duda, en la estela de Plutarco. Difieren en su personalidad, en su distinto modo de ejercer su condición en el mundo; cada uno de ellos pone de manifiesto, en su respectiva obra, cuál es su *mens*, su modo de pensar y sentir, su peculiar concepción de la realidad que le es propia, su entendimiento de la realidad vivida, como espectador de la historia, su mundo de actividad intelectual, a través de la descripción de los parámetros más peculiares de la personalidad de cada uno.

Considero que la estela de Plutarco es una ancha banda en la que confluye la conciencia ética axiológica, aquella que se ocupa específicamente de valores poniendo de relieve cuáles son los que merecen ser reconocidos.

José María Aznar ha sido presidente de la Comunidad de Castilla y León, presidente del Partido Popular y presidente del Gobierno de España. En cada uno de estos puestos de alta responsabilidad, ha llevado a cabo una gestión de gran hondura como estadista, autolimitando su mandato a dos legislaturas, que, con su acostumbrada firmeza, ha mantenido inflexiblemente, retirándose a la presidencia de la Fundación FAES, de gran calado intelectual y político. Son círculos en los que, sin duda, se encuentra implícito José María Aznar, en cuyo libro quiero detenerme de modo particular por varias razones: en primer lugar, porque es de un español particularmente destacado por haber sido Primer Ministro del gobierno español durante ocho años ejemplares; en segundo término, porque de los tres autores citados es el que mejor se ajusta a los principios que movieron a Plutarco a escribir sus *Vidas Paralelas*, como mejor camino para dejar constancia acerca de la situación de los valores característicos de su época, mediante el contraste entre su pensamiento y los representantes más conspicuos del mundo político de su tiempo, dentro del más puro humanismo antropológico de los valores.

Decir, honestamente, lo que se piensa de otros es siempre extremadamente difícil. Escribirlo todavía más. Es admirable el equilibrio de conciencia que en sus «perfiles» o «semblanzas», revela Aznar de sí mismo, con una serenidad y una seriedad, que es signo de una recia formación intelectual y moral. Dones que constituyen algo particularmente importante para quien ejerce la dirección, gestión y estrategia de un Estado nacional, con un alto sentido de la responsabilidad, sobre todo, en un momento de debilidad de «bloques» y «ejes», para entrar en una etapa en la que el globalismo espiritual, económico y político, ha superado las fronteras nacionales, entrando en una fase en la que las grandes magnitudes desbordan los límites de la relación, para penetrar en la defensa del origen, la democracia, el bienestar y el respeto a los acuerdos, frente a las «fronteras psicológicas» inhibitorias de la libertad, del miedo, la amenaza, ideologías revolucionarias o «plataformas» de desgaste social.

Otra característica que puede deducirse de la obra que comento es la dimensión de su autor como hombre de su tiempo, con pleno sentido de vivir la contemporaneidad, lo que cristaliza en un *trato existencial*, que le otorga una experiencia de la realidad, mediante una vivencia de lo histórico. Ello le permite un radical conocimiento de lo humano. No del hombre en cuanto sujeto clasificatorio, sino de la historicidad real, algo bien distinto, pues permite distinguir el «tiempo real», o cronológico, de la «temporalidad» o tiempo histórico. Hace posible advertir la dimensión de lo humano en el tiempo histórico, cuyo modo característico es la *vigencia* o *duración*.

El sentido de contemporaneidad del presidente Aznar le hace sentirse indisolublemente unido a la historia contemporánea de España, desde un emplazamiento que él llama, acertadamente, «centro reformista español». En esa posición peculiar e inédita en la historia política española, Aznar hace suya la afirmación metafísica —en la que coinciden hoy todos los planteamientos históricos conceptuales—, según la cual, en la historia contemporánea, la política internacional prima sobre las decisiones políticas nacionales de un modo decisivo. Y que, dentro de esta primacía, el cáncer medular de los nacionalismos periféricos sólo responde a intereses particulares, o de grupo, más bien dirigidos hacia la creación anárquica de traumas para el Estado nacional.

Durante el sistema europeo, conocido con la denominación británica de «balance of powers», España culminó la pérdida de la hegemonía atlántica, después de un largo contencioso naval con Inglaterra, en el que España fue, simplemente, un peón de Francia. En 1815 es el año que señala el ocaso de España como potencia mundial. En consecuencia, la ausencia de España en el orden internacional condujo a un grado de descomposición, cuyo punto culminante se alcanzó en 1898. En adelante, el peso de España en el orden internacional fue absolutamente nulo.

Con un alto sentido de que España rompiera su situación marginal en la política internacional y ocupara el puesto que en ella le corresponde por tradición, cultura y su brillante modernización dinástica y política le correspondía, el presidente Aznar tomó la decisión —objetivo primordial de su carrera política— de reconstituir la tradición atlantista, forjada por las generaciones históricas entre 1480 y 1530, de una mentalidad oceánica, y que el espacio atlántico —escenario entre el siglo XV y el siglo XVIII de la primera economía-mundo—, según afirma el historiador francés Fernand Braudel: «La América Española, *forzosamente*, y desde el comienzo, fue siempre un elemento decisivo de la historia del mundo». La decisión política de Aznar, tomada el 16 de marzo de 2003, consistió en constituir asociación con las dos democracias anglosajonas más importantes del mundo, para defender, con ellas, los valores esenciales para la democracia, como son el respeto a las leyes de convivencia, la afirmación y seguridad de la democracia y, en definitiva, la libertad. Con ello consiguió, aumentar espectacularmente el peso específico de España en el orden internacional, haciendo de paso cumplir la Resolución 1441 de la ONU. Ello ocurrió en territorio europeo —en Azores, a propuesta inflexible de Aznar— con luz, taquígrafos, fotografías y rueda de prensa. El apoyo de España a la guerra de Irak, además, fue político, testimonial y de apoyo logístico, sobre todo, de estabilización y pacificación, cuando Sadam Hussein fuese derrotado.

En los años de gobierno de José María Aznar, España fue un verdadero poder internacional, que no resultó muy del agrado de los que se consideraban rectores magníficos de la universidad europea. Véase los «retratos» que hace en su libro *Aznar* y adviértase cómo, sin faltar nunca a la verdad y sin ofender, destaca los «agujeros negros» del mundo político europeo, deseoso de establecer naciones de varias velocidades, como pudo advertirse en la fallida Constitución de Giscard, tan distinta de los supuestos acordados en Niza.

En menos de un año —del 16 de marzo de 2003 al 11 de marzo de 2004— esta situación de España en el concierto internacional cambió de modo considerable con el relevo de gobierno español. Queda la serenidad de juicio de José María Aznar, frente al montaje de desprestigio contra él a través de las normas que, para el caso, establece la Psicología Social, mediante el fácil recurso de acusaciones que, como flechas diagonales y oblicuas, tenían como misión conseguir un descrédito por parte de la opinión pública, poco preparada para comprender razones objetivas, aunque muy proclive para admitir sentimientos finamente preparados para el desprestigio.

Ahí queda, sin embargo, el libro de Aznar, que nos pone en presencia de un hombre de conciencia cierta y recta, una personalidad de su tiempo que sabe valorar su entorno político, con extremada serenidad. Revela también una persona de decisiones firmes y gran equilibrio entre autoridad y libertad, con un alto sentido de responsabilidad en el ejercicio de su cargo de Primer Ministro de España, que ha sabido mantener con firmeza la unidad de España y la ha conducido a una situación privilegiada en el sistema internacional.